

Departamento de Historia
Universidad de Santiago de Chile
Revista de Historia Social
y de las Mentalidades
Nº X, Vol. 2, 2006: 249-251
ISSN: 0717-5248

María E. Argeri

De guerreros a delincuentes. La desarticulación de las jefaturas indígenas y el poder judicial. Norpatagonia, 1880-1930.

Colección Tierra Nueva e Cielo Nuevo, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Departamento de Historia de América, Madrid, 2005. 331 páginas.

La creciente preocupación por investigar los procesos de formación y consolidación del Estado-nación en los países latinoamericanos, ha quedado plasmado en una multiplicidad de trabajos históricos, sociológicos y antropológicos, donde la búsqueda por establecer lo que, para el ámbito europeo. En ellos, lo que para el ámbito europeo se reconoce como la “comunidad imaginada”, adquiere estatuto epistémico como problema pertinente para la historiografía. Esta preocupación queda plasmada de forma novedosa y sugerente en el texto de M. Argeri, el que en una muy cuidada edición, manejando un lenguaje científicamente accesible y técnicamente actualizado, nos permite recorrer en sus trescientas páginas los caminos que este proceso toma en la vertiente oriental de los Andes.

La autora, historiadora argentina, nos presenta una completa y compleja revisión del proceso mediante el cual se produce la consolidación de la dinámica estatal en el país trasandino y cómo ello, la construcción de esta forma hegemónica, va desatando una serie de conflictos al interior de los territorios de la norpatagonia. Dichas tensiones transforman no sólo la figura y forma en

la cual son conceptualizados los indígenas mapuches, sino que también inciden en la formulación que adquiere el aparato político y jurídico del estado nacional y la relación forjada con el mundo mapuche, su reconceptualización y la nueva posición que le otorga a este mundo, en la construcción de la “nación argentina”.

Esta investigación, manifiesta una clara deuda teórica y conceptual con los trabajos que muestran un camino para el estudio de los procesos sociopolíticos latinoamericanos de la mano de la etnohistoria, campo que en palabras de Carmen Bernard “tiene ya un pasado respetable”. Al mismo tiempo se nutre con la tradición de pensamiento historiográfico que en los últimos años se ha venido ocupado de la “nueva historia política” y de la reconstrucción de la cultura política en las nacientes repúblicas y sujetos-actores que en ellas se configuran, cuestión que adquiere cuerpo y campo problemático de estudio en los trabajos de Francoise Xavier-Guerra, Tulio Halperín Donghi, Mónica Quijada, entre otros.

El texto de Argeri recoge, además, las discusiones y temáticas derivadas de los estudios de historia fronteriza, intentando profundizar la matriz que

considera esta región como una zona de mero intercambio y niega, entonces, la alta conflictividad vivida por los sujetos que deambulan y construyen itinerarios históricos propios. Podemos leer en su trabajo un destacado avance en el tratamiento de lo que se ha venido en señalar como “historia fronteriza”, donde las sociedades de frontera, tautológicamente, viven procesos de relaciones sociales fronterizas, conceptos que para la autora es necesario (y hora) de repensar. De esta forma: “(...) desde la óptica de la construcción del poder político, no sería correcto hablar de sociedad de frontera una vez finalizada la guerra que condujo a la derrota definitiva de los pueblos indígenas; en segundo lugar, el propio concepto pierde capacidad explicativa en la medida en que anula la posibilidad de interrogación e investigación... En otras palabras, impiden investigar el proceso de subordinación.” (pp. 9)

Por otra parte es necesario señalar que la perspectiva general, en la cual es posible incorporar este trabajo, dice relación con el estudio de procesos transicionales, ocurridos en el último tercio del siglo XIX y primera parte del siglo XX, estudios que intentan aproximar explicaciones más certeras sobre la instalación de las disímiles lógicas de dominio, control y explotación capitalista en enclaves como la norpatagonia argentina.

La autora, desarrolla una revisión sistemática de aquello que la historiografía argentina ha dicho, y también ha renunciado a decir, a lo largo del siglo XX. Cuestión central ya que permite prefigurar un escenario en el cual el problema indígena, y su participación en el proceso de consolidación de las estructuras estado-nacionales, quedaba relegado a un plano de inexistencia o casi mítico, ya que

permitía establecer que la problemática de la conquista de la Patagonia, la llamada “campana del desierto”, se había articulado política y culturalmente al amparo de un claro diagnóstico político: La Patagonia era una región sin Estado. En este sentido lo que la autora busca relevar es el “(...) proceso de conquista y subordinación, donde la legitimidad del vencedor y del sistema de dominación que se impuso en consecuencia, se sustentó no sólo en la amenaza de coacción, sino también en la construcción imaginaria que hizo de los indígenas seres renuentes al orden.” (pp. 23)

Esta última situación mostraría, claramente, el fenómeno de suplantación de un orden (discursivo, narrativo, pero también histórico-político). En la medida en que se minimizaba el poder de las jefaturas indígenas, se crecía en la hegemonía y homogeneidad planteada por el Estado nación. Esto permite, entonces, levantar la figura del indígena, hacerla aparecer como sujeto histórico y actor político que no sólo se subordina, también negocia, confronta y articula los nuevos escenarios y sus relaciones, en un nuevo contexto de subordinación, levantado sobre imágenes e imaginarios, sobre dispositivos y tecnologías, escenario que instala nuevas formas de dominio y hegemonía.

La construcción de esta narrativa se articula en un trabajo acabado de fuentes y archivos que otorgan densidad y aporta el aparato empírico necesario que fundamenta las caracterizaciones y categorías utilizadas. Destaca, en este sentido, el esfuerzo por conceptualizar una realidad de forma contra-hegemónica, ya que la lectura documental invisibiliza esta posibilidad. Argeri plantea, por ello, que su definición del indígena (imagen que era

necesario reconstruir al interior de las fuentes post derrota militar) como “(...) aquellos que continuaban aceptando la autoridad de un cacique sin que ello significase necesariamente un comportamiento marginal.” (pp.96). Esta visión permite construir una imagen del proceso de integración desagregada de las historias oficiales que simplemente los borraron de un plumazo discursivo.

Puesto en este punto el libro desarrolla claramente y de forma muy acabada, un certero viaje por la reconstrucción de la fórmula operada y constituida al interior del aparato de control (Decretos, leyes, reglamentos, etc.) y también lo que fuera obrado por la lógica de dominio (la instalación vía violencia, represión y abuso). Por la utilización de estos mecanismos es posible entender cómo es que se hace posible la “integración” de los indígenas pos campaña del desierto a la “nación argentina”, cómo se logra su inclusión. Esto, en cualquier caso, no es sino la muestra de los claroscuros en los que la historia contemporánea de las naciones latinoamericanas se ha estado reflejando, la reflexión que en este texto encontramos inaugura una senda que en la tonalidad de su narrativa íntegra, acoge, se allana a las preguntas y dudas necesarias que el tiempo presente imprime al relato oficial, a la narrativa del vencedor. La historia de este proceso histórico, profundamente analizado por Argeri intenta corregir esta historia dicotómica que nos habla de vencedores y vencidos, de criollo e inmigrante, de orden y desorden para trazar una pincelada que integrando estas matrices amplía la mirada, buscando en los intersticios de la ley, en el borde del documento, en el borrador de la noticia, para encontrar la Argentina (y por qué no decirlo la

América Latina) profunda que necesitamos conocer.

MANUEL FERNÁNDEZ GAETE
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN